

EL TIGRE Y EL VIAJERO

La distancia entre Lamas y San José de Sisa era considerable y por ello los viajeros que partían desde uno de los lugares mencionados hacia el otro, madrugaban para ganar tiempo y protegerse de los incesantes rayos solares.

A inicios del mes de marzo, los preparativos eran variados para celebrar la fiesta patronal de San José de Sisa, lugar de afluencia de visitantes, entre ellos, vendedores ambulantes llegados de los más recónditos lugares, buscando lograr algunas ganancias.

Don Crisho, vendedor ambulante o cachuplin, gran conocedor de la idiosincrasia de los pueblos sanmartinenses, atendiendo a su cronograma de trabajo se traslada de Lamas hacia San José de Sisa un lunes por la madrugada acompañado de una acémila. Llegado a San Antonio del Río Mayo, solicita los servicios de un vadera y luego de chimbar, reinicia su recorrido subiendo lentamente el serpenteante camino de herradura del primer cerro que se le presentaba. El dúo de caminantes avanzaba cansinamente venciendo los cerros empinados, la escasez de agua, y la monotonía del ambiente, pero matizado por el trinar de las aves, el chirriar de los grillos, lo que compensaba la fatiga de los viajeros.

Negros nubarrones acechaban con caer sobre el espacio que tramo a tramo vencían, y en un cerrar de ojos cayó una torrencial lluvia, apurando el trote del animal a fin de acortar la distancia que le separaba de un tambo antes de escalar el cerro Ampjurco. Estando en este lugar, don Crisho repuso su ropa mojada por seca, pernoctando varias horas en este lugar, dado que la lluvia no amainaba. Ante esta eventualidad decide quedar en este lugar, para madrugar al siguiente día y llegar a su destino con tranquilidad.

Su experiencia de viajero y su corazonada le hacían presagiar algo que pudiese ocurrirle. Entonces se preguntó:

- ¿Qué te pasa Crisho? ¿Temes algo que pueda ocurrirte?

Mientras cavilaba respuestas, decide colocar su hamaca de horcón a horcón, en la parte superior de ambos palos, cerca del armazón que servía de terrado al tambo. Estaba por oscurecer, don Crisho estaba rendido y cansado, se ubicó en la hamaca y rápidamente el sueño pudo más que su resistencia y quedó dormido.

Aproximadamente a la media noche, fuertes gritos de un animal selvático rompiendo la monotonía del tiempo se acercaba. Despertó sobresaltado. Dedujo que eran gritos de un tigre, carnívoro temido por los viajeros por su sanguinaria voracidad. Los gritos estaban cada vez más cerca. Don Crisho tomando las precauciones del caso, baja de su hamaca, desata a la acémila para que no sea presa fácil del temido carnívoro y luego sube raudamente para

ubicarse en forma inmóvil y guardando la serenidad se encomienda a Dios para no sufrir percance alguno. El felino al llegar al tambo se acerca sigilosamente hacia el centro olfateando presencia humana, luego de rondar el espacio y no encontrar presa alguna, rasga rabiosamente los horcones que sostenían la hamaca y por consiguiente su carga humana. El desplazamiento del felino de un lado a otro es incesante, turbando la paciencia del temeroso viajero, inquilino fortuito de la hamaca, circunstancia donde pierde el equilibrio, cayendo aparatosamente encima del felino, asustándolo y haciéndole huir despavoridamente.

Don Crisho repuesto de tan singular episodio se acurrucó donde pudo, hasta ver el alba, y luego de coger sus pertenencias, se dijo entre sí, "lo que me acaba de pasar, jamás se borrará de mi mente, y cuando tenga mis nietos se los voy a contar".